

Cuentos Ganadores

Concurso de cuentos navideños
— Dr Francisco Vela —



PRIMER PREMIO

Salvador Herrera.

Por su excelente obra *El ocho de diciembre*, una historia que habla de la Navidad en familia, de las tradiciones y de la importancia que tienen.

SEGUNDO PREMIO

Concepción Vilches. Técnico Medio de Función Administrativa del Hospital.

Por su bonito cuento *Yeshua y Adif, con su zurrón mágico*. Una historia mágica sobre un pequeño mago y de cómo ayudó a encontrar el pesebre donde nació Jesús.

TERCER PREMIO

Pilar Nieto. Profesional de la Unidad de Arritmias del Servicio de Cardiología.

Por su preciosa historia *Ángeles*. Que habla de trasplantes y del milagro de la Navidad .

Puedes leerlos a continuación



Servicio Andaluz de Salud
CONSEJERÍA DE SALUD Y FAMILIAS



El ocho de diciembre

Hoy es 8 de diciembre. Siempre espero con ilusión este día: es el día en el que por tradición en casa montamos el Belén. Mis padres, mis hermanos y yo aguardamos pacientemente esta fecha como indicación de que, a partir de hoy, nos adentramos en la época navideña. Aunque somos una familia humilde y nuestro portal de Belén también lo es, no perdemos la ilusión por colocar el viejo pesebre con todas sus figuras (alguna que otra remendada) en su lugar correspondiente: San José apoyado en su eterno cayado, María y su actitud bondadosa mirando hacia abajo, por supuesto, hacia su recién nacido Niño Jesús. También tenemos otras figuras que podemos considerar secundarias pero muy necesarias: ¿qué sería de un Portal de Belén sin el buey y la mula? ¿O sin algún pastorcillo que lleva alimentos al recién nacido? ¿O sin Reyes Magos sin sus presentes, os imagináis? ¿O sin la estrella que los guio hacia el portal? Por cierto, hablando de la estrella, esperad un momento...

-No entiendo dónde puede estar, es una estrella muy grande y es imposible que se pierda. - Dice mi padre con gesto de estupefacción. -

-Pedro, ¡todos los años se pierde algo! ¿Cómo es posible? –Se desespera mi madre-

-Isabel, ¿Por qué no vas con Juanito y Clarita a buscar por el sótano? Puede que esté en alguna caja perdida que no hemos visto antes. - Me dice mi madre en actitud suplicante -.

- Claro, mamá, vamos a buscar la estrella. Seguro que la encontramos, no se ha podido perder de repente.

Es cierto que yo soy la mayor entre mis hermanos, pero no termino de entender por qué me llaman Isabel teniendo 13 años, y mis hermanos son llamados por Juanito y Clarita teniendo 10 y 7 respectivamente. Sí, son más pequeños que yo, pero eso no me convierte en súper adulta, ¿verdad? Bueno, supongo que todos los que sean hermanos mayores me comprenderán...

- Clarita, ten cuidado con la escalera, es muy empinada y como te caigas me la voy a ganar... -le digo a mi hermana pequeña con preocupación mientras bajamos hacia el sótano-.

- No te preocupes, hermana. La llevo de la mano para que no pierda el equilibrio – me tranquiliza Juanito-.

- ¡Todo controlado y en orden! – exclama Clarita con un tono alegre desde la parte alta de la escalera-.

Una vez en el sótano, enciendo una pequeña bombilla que cuelga del techo y nos disponemos a rebuscar entre la montaña de cajas y trastos viejos que en todas las casas se suele tener, la mayoría de las cosas son por supuesto inservibles, y se guardan por si alguna vez hace falta echar mano de ellas.

No sé el tiempo que llevamos buscando y rebuscando, pero tanto mis hermanos como yo empezamos a perder la esperanza de encontrarla. Podríamos salir a comprar una estrella nueva a la calle, pero hoy es un día festivo, no creo que haya ninguna tienda abierta y tampoco es que nos sobre el dinero. Además, no sería lo mismo, no está bien sustituir a nuestra vieja Estrella de la Ilusión por otra. La que queremos que luzca en nuestro Portal es la nuestra, la de todos los años.

Una hora después, llegamos a la conclusión de que la estrella no está ahí, así que abandonamos la búsqueda y salimos del sótano con abatimiento. Sin embargo, antes de cerrar la puerta desde arriba, me ha parecido ver una última caja situada sobre una repisa alta tras unos cuantos viejos y polvorientos aparatos. “Después de comer regreso al sótano y examinaré esa caja escondida” me digo a mí misma.

Durante la tarde, hemos recibido la visita de nuestros abuelos. Siempre les veo con sonrisas dibujadas en sus rostros. No están los tiempos para muchos regalos, pero no hay ocasión en la que no nos traigan caramelos, chokolatinas y sobre todo historias que en esta época se hacen más entrañables mientras mis hermanos y yo nos arremolinamos al calor de la chimenea. Es entonces cuando mi abuelo, con la infinita fuente de sabiduría propia de todos los abuelos, nos cuenta una historia.

- ¿Conocéis la historia de la pequeña cerillera? –Pregunta mi abuelo. Los tres negamos instantáneamente con la cabeza-. Bueno, es una historia del gran poeta Hans Christian Andersen. No es alegre ni festiva, pero incluso de las historias tristes se pueden sacar enseñanzas valiosas que os servirán para toda la vida.

En cuanto mi abuelo acaba de contar la historia, los tres hermanos nos quedamos sin palabras, tristes y abatidos. Hemos acabado de escuchar un relato sobre una pequeña niña huérfana que está sola por el mundo y para sobrevivir vende cerillas a la gente que pasa por las calles. Al ser Navidad, nadie repara en ella, pues todos están muy atareados pensando en las cenas y los regalos. Al caer la noche, la niña se refugia en una esquina para resguardarse del frío y para calentarse va encendiendo hasta en cuatro ocasiones las cerillas que lleva. Conforme va encendiéndolas, ve pasar momentos de su vida en lo que dura encendida cada una: primero siente que está calentándose bajo una pequeña hoguera; después ve una mesa repleta de comida pero cuando va a tocarla se extingue la cerilla y desaparece todo; por último, ve un precioso árbol de Navidad decorado con luces brillantes. Tras tocar las luces del árbol, se apaga la tercera cerilla y la niña ve que las luces ascienden al cielo convirtiéndose en estrellas. De repente, una de esas luces cruza el cielo dejando a su paso una brillante estela. En ese momento, ella recuerda algo que su abuela le dijo una vez: “cuando veas una estrella surcar el cielo, es que una persona acaba de morir y su alma asciende al Reino de Dios”. En ese momento, decide encender la cuarta y última cerilla, y tras una luz cegadora y brillante, ve a su querida abuela y le dice que quiere irse con ella. Tras eso, su abuela la abraza, y ambas ascienden de la mano juntas al cielo. En cuanto la cerilla se apagó, todos pudieron ver a una niña que ya no estaba en este mundo, y lo que nunca supieron es todas las cosas increíbles que ella había visto esa última noche del año antes de reencontrarse con su abuela e ir de su mano hasta el cielo.

Ya de noche me cuesta conciliar el sueño. No dejo de pensar en el cuento de mi abuelo y en lo triste que me resulta. Sin embargo, mi abuelo nos ha dicho que tenemos que aprender a sacar lo bueno de todas las historias y en concreto, las de este relato: el valor de la humildad, la caridad, la generosidad, la empatía con los que nos rodean, la inocencia de los niños.

Llevo sin dormir unas cuantas horas y los pensamientos sobre este cuento van dando paso a algo que había olvidado por momentos: la estrella de nuestro Belén. No estoy segura de que tal vez estoy soñando, o quizás estoy despierta, pero me levanto de la cama dispuesta a buscarla. He olvidado por momentos que una de las cajas no ha sido examinada y tengo la corazonada de que está ahí.

Me levanto con sigilo y salgo hacia el pasillo encaminándome con mucho cuidado hacia el sótano. A duras penas, bajo las escaleras sin encender ninguna luz, simplemente recordando de memoria cada uno de los escalones. Una vez abajo, consigo atinar con el interruptor que enciende esa diminuta bombilla que para mí en este momento vale más que la luz del Sol.

Me hago con una vieja escalera apoyada en una esquina y la sitúo en línea recta con la repisa donde se encuentra la caja que es mi objetivo. Subo cuidadosamente hasta la mitad de la escalera, suficiente para alcanzarla aunque no exenta de peligro de caída. Consigo atraer hacia mí la caja y con sumo cuidado comienzo a rebuscar lo que hay dentro. Tras palpar varios objetos, consigo rozar uno puntiagudo. Mi corazón palpita con euforia: sin duda es una de las puntas de la estrella. Con un último esfuerzo afianzo entre mis dedos el extremo de la estrella y tiro con todas mis fuerzas hacia mí. La escalera se tambalea y empiezo a perder el equilibrio, la caída es inevitable... pero la estrella está en mis manos...

-Abuela Isabel, ¡te has quedado dormida mientras montábamos el Belén! -un precioso chico de 8 años me despierta suavemente y salgo del ensimismamiento. He debido quedarme traspuesta en el sillón, una ya no está para estos trotes: abrir cajas, sacar figuras, etc.-

-Mamá, ¿has visto que bonito ha quedado el Belén? y lo hemos colocado el día que tú siempre me decías desde pequeña: el 8 de diciembre -Mi hija me sonrío y me señala hacia la esquina del salón donde un precioso Belén luce con todo su esplendor: al inconfundible portal le acompañan muchos elementos que en mi infancia no teníamos: una panadería, un pozo, un río, animales, incluso un castillo lejano, y muchas figuras secundarias que dan vida a todo un pueblo ilusionado con la llegada del Niño Jesús.

- Sí, hija. Ha quedado precioso. Me alegro de poder verlo un año más, junto a vosotros... -le respondo sin poder evitar que mis ojos comiencen a ponerse brillantes-

- Pero abuela, no encontramos por ningún lado la estrella, la que colocamos siempre arriba, encima del Portal -expresa con tristeza mi nieto-. Papá ha ido a buscarla al desván, puede que se haya perdido... ¡Jo, es que así no es lo mismo!, falta algo.

Es en ese momento cuando reparo en que mis manos mantienen una postura inamovible (quizás manía de persona mayor), colocadas sobre mi regazo por encima de la manta de la mesa camilla, y puedo notar que hay algo descansando sobre mis piernas y que cuidadosamente protejo con mis manos a través de la manta: la Estrella. Sin duda me había quedado dormida y despreocupada tras encontrarla entre el montón de cajas y fui sentarme un rato en el sillón para recuperar un poco el aliento. Supongo que todos los años, cuando llega el momento de sacar todas las figuras y ver que la estrella sigue ahí, me siento feliz y confiada, pues nunca puede faltar la ilusión que representa esa Estrella desde mi infancia.

- ¡Mira, Hugo! ¡Aquí está la Estrella! La tenía yo - le digo con la voz tomada a mi nieto, en una mezcla de emoción y felicidad que no sabría explicar con palabras-

- ¡Abuela, eres la mejor! Siempre tienes solución para todo, siempre. Eres la mejor abuela de todas. ¡Mamá, dile a papá que deje de buscar!, que la abuela Isabel ha encontrado la estrella y ya tenemos el Belén completo. La quiero mucho, ¿sabes, mamá? ¿Qué haríamos sin ella? – Exclama mi nieto mientras me besa la mejilla-

Hoy es 8 de diciembre. Siempre espero con ilusión este día. Más de 60 años después del comienzo de este relato. Es la magia de la Navidad, es la ilusión que te acompaña durante toda la vida, y es el motor principal que nos empuja a sentirnos especiales en esta época del año,

que nos ayuda a sentir que tenemos otra preciosa oportunidad de retomar nuestros propósitos y empezar de nuevo para ser mejores personas, compasivas y caritativas. Voy a concluir esta historia pidiéndoos un favor hacia esta anciana: cuando hoy volváis a casa, contemplad la estrella que decora vuestro portal de Belén, o que preside vuestro árbol de Navidad. Recordaréis todas las felices vivencias y enseñanzas navideñas acumuladas desde vuestra infancia, y durante unos maravillosos segundos, tendréis representado ante vosotros el verdadero espíritu de la Navidad, impregnado de esa ilusión que nunca podremos dejar de percibir tras los ojos del niño que una vez fuimos... y que siempre seremos.

FIN

YESHUA Y ADIF, CON SU ZURRÓN MÁGICO

Corrían malos tiempos en la ciudad de Nazaret. Las legiones romanas pululaban por doquier provocando el miedo de algunos y la rebeldía de otros. Pero todo esto pasaba desapercibido para Adif, un niño feliz, que pertenecía a una familia humilde y un tanto peculiar. Su árbol genealógico estaba plagado de magos que habían hecho uso de la magia para el beneficio de los demás y para sustentarse. Por supuesto, era algo que mantenían en secreto. Habían heredado esa sabiduría de generación en generación sin ningún documento escrito, ese legado se transmitía a los primogénitos de la familia a partir de los seis años de edad, con lo que nuestro amigo Adif, el mayor de tres hermanos había comenzado su instrucción.

Era un chico aplicado y estudioso, que no solo hacía sus labores cotidianas, como sus hermanos, sino que tenía que dedicar tiempo al estudio de la magia, comprendiéndola, aprendiendo frases de memoria y aplicándola. Era muy maduro para su edad, pues el conocimiento profundo de estos menesteres lo había conducido a estudiarse a sí mismo, que era una de las condiciones imprescindibles para ser un buen mago.

El abuelo era el encargado de transmitir el conocimiento familiar, tal como su padre lo hizo con el padre de Adif. Estaba muy satisfecho con los avances de su nieto, aunque a veces, como niño que era, cometía imprudencias y travesuras, pero en general era muy responsable.

Cuando cumplió el primer año de estudiante, Amán, que así se llamaba el abuelo, regaló un zurrón mágico a su nieto. Entendía que ya estaba preparado para empezar a practicar la magia con pequeñas cosas.

Fue un día inolvidable para el pequeño mago.

Se despertó con las primeras luces del día, abrió la ventana, y contempló, como era su costumbre, los tempranos rayos de sol incidiendo sobre la montaña y tornándola del color del oro. ¡Eso también era magia para él! Escuchó el sonido de los cacharros en la cocina, y su estómago le recordó que tenía que alimentarse.

Salió al patio y un frescor tonificante recorrió su piel. Comenzaba el otoño aliviando los calores del estío y coloreando los nuevos paisajes con pinceladas ocres, naranjas y sienas. Corrió a la pila, junto al pozo, frotó bien la cara y las manos con agua fresca, ya que su madre era muy exigente con

el aseo, y salpicó al gallo, que con el pecho hinchado, hacía la corte a las gallinas. El rey del gallinero corrió asustado entre cacareos y en el rostro de Adif apareció una sonrisa picarona.

Entró en la cocina hinchado las aletas de la nariz y percibiendo el olor que siempre recordaría, a especias, harina, miel, madera mojada, pan recién hecho, etc. En la mesa, lo esperaba, humeante, un buen tazón de leche de cabra. Era un recinto rectangular, con paredes rústicas, y una puerta y una ventana que daban al patio y dejaban contemplar la hermosa higuera que era tan antigua como su familia. La mesa en la que Adif estaba desayunando protagonizaba el centro de la cocina y el centro de la vida familiar. Allí se hacía todo. Se celebraban reuniones, se comía, se sacrificaban los animales para el consumo, se hacía la masa para el pan, se fabricaba jabón, etc. y todo se hacía al calor del hogar. Era el sitio preferido del pequeño mago. Pero esa mañana, que para él era una mañana más, notó en el ambiente que algo era distinto. La sonrisa de mamá era más amplia que la de costumbre, al lado del tazón tenía dos tortas de pan recién sacado del horno y empapadas en miel y su abuelo lo observaba sonriente desde el otro lado de la cocina, ocultando algo entre sus manos.

- ¿Qué ocurre mamá? Es un desayuno estupendo, pero..... hoy no es mi cumpleaños. -
- Ya sé que no es tu cumpleaños, Adif, pero sí es un día especial, papá se ha llevado a los hermanos, pero que pudierais estar a solas, el abuelo y tú. -

Adif sintió como la sangre se agolpaba en su cara y le quemaba las orejas. Miró a Amán interrogándolo silenciosamente mientras observaba por el rabillo del ojo como su madre salía al patio a continuar con sus quehaceres.

El abuelo no lo hizo esperar más. Se acercó silenciosa y pausadamente, como sólo lo hacen las personas mayores que lo han hecho todo y solo les queda disfrutar de cada momento del presente. Sin prisas. Seguía sosteniendo entre sus manos, lo que parecía un trozo de cuero. Sin más dilación puso el paquete entre las manos de Adif y dijo:

- Hijo, llevas un año de aprendizaje y doy fe de que has hecho un buen trabajo. Como sabes, nuestra magia no es algo que se pueda divulgar y que solo podemos utilizar para hacer el bien, además no podemos usarla en nuestro propio provecho, únicamente en caso de necesidad, nos está permitido. El estudio de la magia es largo, en el tiempo y aún, con mis

sesenta y dos años sigo estudiándola. Tú solo estás en el comienzo y al igual que mi abuelo hizo conmigo, haré contigo obsequiándote con la primera pertenencia que han tenido todos los magos de la familia. -

Desdobló la pequeña bolsa de cuero ante los ojos de Adif. Era del tamaño de su propia espalda, su boca se fruncía con un cordón, también de cuero y llevaba un asa larga para colocársela en bandolera. Se veía ajada por el mucho uso y oscura, por las muchas manos que la habían acariciado.

Adif, casi no se atrevía a tocarla.

- Cógela, es tuya - dijo su abuelo. - Pero deberás cuidarla y conservarla para tu sucesor. -

El niño la tomó con precaución. La miró y la acarició bajo la atenta mirada de Amán, que sonriente le explicó los poderes encerrados en el zurrón, como le llamaban normalmente.

- Verás Adif. Ya conoces los principios de la magia y sé que no tendré que volverlos a repetir. Solo te diré que debes usarla con mucho respeto y tener una fe absoluta. Te he enseñado muchas frases que debes decir en momentos de peligro, de necesidad, de enfermedad, etc. Y que son muy efectivas, sólo, si no van en contra de la naturaleza humana y si todo lo que hagamos es bajo el mandato divino, sin sentirnos superiores en ningún momento. Podrás ayudar a mucha gente y así, a través de este zurrón, darás tus primeros pasos como mago. -

- ¿Y como he de usarla, abuelo?

- ¡Es verdad, se me olvidaba! Deberás llevarla colgada, siempre que salgas a la calle, porque nunca se sabe donde y en qué momento tendrás que hacer uso de sus poderes. Cuando te veas en la necesidad de hacerlo, introduce la mano en ella y exclama la palabra "BAURAU". No es necesario que la grites, ni que gesticules. Sólo dila, aunque solo sea un murmullo, pero siéntete seguro de que realizarás lo que en ese momento deseas. -

- Gracias, abuelo. Así lo haré.

Y así, Adif salió a la calle por primera vez con su zurrón mágico, deseando hacer un buen uso de él.

El primer día no hizo nada porque no encontró motivos y como su abuelo le había dicho, solo se hacía magia en los momentos precisos y nunca para ufanarse de ser poderoso.

Transcurrió una semana. Siempre recordaría su estreno como mago. Iba bordeando el río camino de casa cuando oyó los sollozos de una pequeña. Dejó que su oído lo guiara hasta que encontró a una chica con su mirada perdida en las profundas aguas. Dirigió su mirada en el mismo sentido que la niña lo hacía y observó como un perro de lanas agitaba sus patas intentando alcanzar la orilla, sin conseguirlo. Ella lo miró - es mi perro - dijo, - se va a ahogar - y siguió llorando.

Adif, entonó una oración a Dios y sin perder tiempo metió la mano en el zurrón y exclamó para sí, - ¡BAURAU! -. En ese preciso instante se desprendió una gran rama de un árbol que bañaba sus raíces en las aguas, tan cerca del pequeño animal que casi no tuvo otra opción que pegarse a ella. La misma corriente arrastró a los dos hacia la orilla, y la pequeña pudo abrazar a su mascota que la empapó de agua. Ni siquiera se percató de los movimientos disimulados que había ejercitado Adif.

Los dos emprendieron el regreso hacia la ciudad capitaneados por el lanudo animal que corría delante de ellos, feliz de haber escapado a un destino fatal.

Era el mediodía y el sol estaba alto, aunque no hacía demasiado calor. Pronto llegaría el invierno. Por el camino, el recién estrenado mago, contemplaba la naturaleza y agradecía que sus ojos y sus oídos pudieran gozar de algo tan maravilloso. Empezaba a crecer la hierba que en verano era pasto seco, su color era verde brillante y contrastaba con los tonos dorados de los árboles. El cielo, totalmente azul salpicado de nubecillas aborregadas, reinaba sobre un paisaje típicamente otoñal plagado de color. Anduvo hasta su casa sumergido en esta especie de éxtasis deseoso de contar la aventura a su maestro.

Se quedó sorprendido por el ajetreo inusual que había. Su madre caminaba de aquí para allá con bultos de ropa, mirando el horno de vez en cuando. Papá y el abuelo se afanaban en arreglar un viejo carro, engrasando las ruedas y limpiándolo. Extrañado, se olvidó de su aventura y preguntó qué ocurría. Su maestro se agachó hasta poner los ojos a su mismo nivel. - Adif, tenemos que salir de viaje. Roma quiere que nos empadronemos en el sitio donde nacimos y procedemos de Judea, así que debemos emprender camino. No nos queda otro remedio. -

Muchas personas iniciaron su penosa andadura hacia el destino obligado, al igual que la familia del pequeño mago.

Por el camino, tuvo la oportunidad de introducir la mano en su bolsa varias veces, bajo la atenta y satisfecha mirada de Amán, que observaba como su alumno, cada día, crecía en conocimientos y práctica.

A la mitad del trayecto, se toparon con un matrimonio con el que hicieron amistad. Adif se sorprendió por la diferencia de edad entre los dos, sus padres se llevaban algunos años, pero no se percibía tanta diferencia. La mujer, casi una niña, montaba una mula. Tenía un vientre abultado y un rostro cansado, pero muy bonito. El marido era bastante mayor y la preocupación marcaba con más intensidad las arrugas de su cara.

Mamá habló con la señora, ofreciéndole parte de las cosas que llevaba y decidieron caminar juntos hasta destino.

El niño veía sufrir a María, la aridez de ese traslado montada en la mula y deseaba aliviarla en lo que pudiera y le preguntó si se encontraba bien y si deseaba algo. La señora agradeció su preocupación y expresó su único deseo, que era encontrar un sitio a la sombra para poder descansar, pero entendía que por ese camino no había mucha arboleda. Adif, presuroso, metió la mano en el zurrón y dijo la palabra convenida, cuando José, el marido de María divisó en la lejanía una mancha verde de árboles y vegetación. Todos descansaron y compartieron su comida.

Casi llegando a la ciudad de Belén, María empezó a sentirse mal. La madre de Adif la atendió en todo lo que pudo, pero afirmó que el niño que traía en su vientre estaba a punto de conocer la luz. Debían encontrar alojamiento deprisa, pero no fue así. Las dos familias estaban desfallecidas y María sufría los dolores del parto en silencio, aunque su palidez gritaba por ella.

Metió la mano en el zurrón, rezó con mucha fe, exclamó la palabra mágica y deseó con todas sus fuerzas encontrar un sitio donde poder pernoctar y que estuviera calentito, porque las noches eran ya, muy frías. Señaló con su dedo al horizonte y a pocos pasos encontraron un pequeño establo, medio derruido, que servía de alojamiento a los animales, tan solo ocupado por un buey que comía y rumiaba.

Mamá ayudó a María a tenderse en un lecho de paja y los hombres, incluido Adif lo limpiaron como pudieron y esperaron a que María alumbrara.

Adif, rezaba para que todo saliera bien, oía a María quejarse y a su madre tranquilizarla, hasta que se oyó el llanto de un niño. Las lágrimas rebosaron de sus ojos y agradeció a Dios que sus ruegos habían sido escuchados. Cuando miró al cielo vio bajar un ángel que le anunció que el niño que había nacido era El Mesías y que su nombre era "YESHUA", continuando su camino para seguir comunicando la buena nueva al resto de los humanos.

Mamá llamó a todos para que contemplaran al recién nacido y Adif fue el primero en llegar. Se colocó a su lado y contempló a ese minúsculo ser, y a la vez tan grande. María le sonrió y Yeshua también colocando su manita diminuta en el zurrón que tanto bien había causado en manos de Adif.

ÁNGELES



Cuando nació fui el mayor regalo para mis padres, eso me dice mi abuela.

Ahora tengo 9 años, y estos años no han sido fáciles para ellos.

Siempre he estado entrando y saliendo del hospital. Nací con un problemilla en mi corazón, resulta que se cansa demasiado y le cuesta trabajar. Así que, no es la primera Navidad que paso aquí.

Me encanta la Navidad!!! El ambiente en el hospital es diferente, ponen adornos, nos entretienen con visitas inesperadas y actividades muy divertidas. Hacen que mis padres y yo nos olvidemos por momentos de sueros y mascarillas.

Mis adornos favoritos son los ÁNGELES, será porque, según dicen, nos protegen y cuidan.

Por eso digo que siempre he estado rodada de Ángeles, Ángeles con pijamas de colores y batas blancas, que me han cuidado y me cuidan muy bien. Aunque últimamente los noto algo tristes, y a mis padres también, más de lo normal..... Parece que esta vez, sólo me pondré buena si me ponen un corazón nuevo.

“Seguro que uno de mis Ángeles me lo traerá!!!” les dije yo.....Y así fue.

Era un 24 de Diciembre por la noche cuando mi madre, muy nerviosa, cogió la maleta que tenía preparada para la ocasión y me dijo: “Vamos, despierta, corre!!!, que nos está esperando un regalo muy especial esta Navidad”.

Me llevaron en una ambulancia, a toda pastilla, a otro hospital. Allí me recibieron, con muchas prisas y grandes sonrisas, me prepararon y me operaron.

Cuando, todavía adormilada, abrí los ojos, me vi rodeada de más Ángeles y luces de colores. Era como estar dentro de un árbol de Navidad.

En pocos días empecé a sentirme bien, y aunque no me dejaban recibir muchas visitas, el tiempo pasaba rápido gracias a los juegos de cartas y los cuentos que me leían, entre pruebas y medicinas.

Casi sin darme cuenta llegó el momento de volver a casa.

Mis padres estaban felices, se les notaba como nunca, y daban las gracias a todos.

Mi madre, emocionada, decía: “el mejor regalo de Reyes que he tenido en la vida”.

“No llores, mamá, yo sabía que mis Ángeles no me iban a fallar”.

“Claro que sí, hija, gracias a un Ángel que está en el cielo y a la gran generosidad de sus padres, tenemos este regalo” “Sabes, todos podemos ser ÁNGELES, y no hace falta que sea Navidad, para ayudar y hacer felices a los demás”.

SEAMOS ÁNGELES, HAZTE DONANTE, DONA VIDA.

